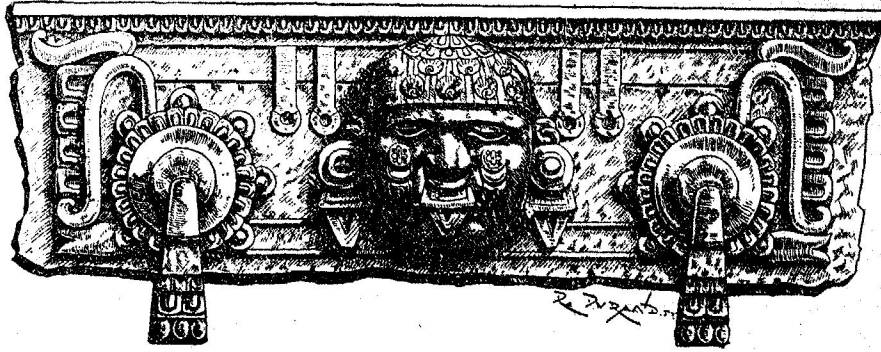


EL FÉMUR ESGRAFIADO DE TLÁHUAC

POR P. HENNING



El hueso esgrafiado que representa la Fig. 1, fué encontrado por un indígena de Tláhuac, D. F., al practicar una excavación en sus terrenos, situados al norte de dicho pueblo, para buscar piedra de construcción. Diremos, por vía de aclaración, que esta clase de trabajos se emprende ahora en los lugares indicados con mayor frecuencia, aprovechando los indígenas la consolidación del subsuelo que produjo el desagüe de las lagunas vecinas y que permite la construcción de casas macizas en lugar de chozas.

Con este motivo han salido a luz muchos restos de la antigua población de este nombre, tales como cimientos, ídolos de piedra, chalchihuites, cerámica, etc.

Dos metros de profundidad, y a veces menos, es bastante para encontrar el nivel original de aquella población precolombina, separada de la presente sólo por cuatro capas diversas, a saber:

La primera (a) de tierra vegetal muy arenosa; la segunda (b), compuesta por sedimentos del lago, de 50 ctms. aproximadamente de espesor, producida por inundaciones y depósitos eólicos; la tercera (c), pisos y entortados antiguos del tiempo inmediato a la conquista (Fig. 2), y la cuarta (d), formada por un yacimiento de tezontle, que es la piedra de construcción buscada por los indígenas y entre la cual se encuentran los restos mencionados.

De esta cuarta capa también salió el fémur esgrafiado, que es el objeto del presente estudio.

Mide solamente 237 mm., habiéndosele cortado la parte inferior, y corresponde al muslo izquierdo. Se halla en estado de conservación casi perfecto, debido indudablemente a que estaba envuelto por arenas volcánicas que lo preservaron de la influencia de la atmósfera y de los ácidos vegetales. Sólo el tejido esponjoso de la parte superior (en el dibujo inferior) está afectado en varios lugares, afortunadamente sin daño ninguno para el dibujo general, que lo mismo que el resto del hueso, solamente ha sufrido desperfectos insignificantes. Hasta se ha conservado en gran parte la substancia negra con que se llenaron las ranuras o incisiones con el fin de hacer resaltar el diseño que da vuelta completa al hueso y cuyo desarrollo se muestra en la Fig. 3.

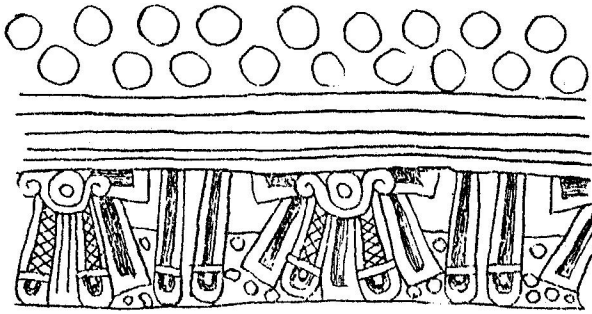
Por tratarse de un asunto mitológico, único en su género, será conveniente hacer una descripción pormenorizada de él.

Se puede, o más bien se debe, subdividir el diseño en tres partes o zonas: la primera, la región de los cielos; la segunda, opuesta a ella, el interior de la tierra; y la tercera, la tierra misma con el dios Quetzalcoatl, dotado con los atributos que adelante se describirán.

La primera zona, de arriba a abajo, está formada por dos hileras de estrellas, en número de nueve cada una, número de augurio. Siguen a éstas, seis líneas transversales sencillas, correspondiendo a la inferior dos símbolos de Tzitzimime, demonios del terror y de la obscuridad que, según el decir de los indígenas, habían bajado al fin de la era Ehecatonatiuh, del firmamento a la tierra, haciéndola sentir en pleno día la noche más espantosa. Pero no sólo se les temía a estos Tzitzimime por haber aparecido aquella vez, sino que se aseguraba que habían de volver al terminar otra era, algún día nahui olin futuro, fecha en que acaeció aquel funesto suceso.

Su diosa era Itzpapalotl, cuya forma afectan, compañera del Tzontemoc o «Sol que se hunde,» es decir, Quetzalcoatl, dios regente de la era ya referida, el que bajando aquella vez envuelto en tinieblas, del cielo que le correspondía, se fué cual sol poniente al Mictlan, arrastrando de paso todo en la tierra a la muerte y desolación. Que efectivamente se trata del dios causante de este suceso, lo comprueba el hecho de que las dos hileras de estrellas mencionadas, contadas desde la región o cielo de los Tzitzimime, representan el séptimo cielo, es decir, el lugar preciso de Tonacatecuhtli o Xochipilli-Cinteotl, patrones de la era primitiva tolteca en América, dioses que no son más que los aspectos de creador y sostenedor del propio Quetzalcoatl.

También recuerda este suceso el número de las estrellas de cada hilera que representa el cielo superior de la zona celestial, chiconahui, que entra tanto en el nombre augúrico de la Itzpapalotl «chiconahui ozomatli» como en el de Quetzalcoatl «chiconahui checatl,» refiriéndose este núme-



M. A. SALDAÑA
1913

FIG. 3.



ro a los ríos del infierno o a la región de los muertos en general, y «ozomatli» y «ehecatli» a dos de los incidentes del Ehecatonatiuh, así como está representado este sol en la pintura del Códice Vaticano A.

Esto en cuanto a la región celeste. En el otro extremo del hueso se ve la segunda parte del dibujo, o sea el interior de la tierra, representado por dos hileras de conchas, en número de ocho cada una (también número de augurio) y dos ojos de muerto con cabellera de ozomatli o sea malinalli.

Seguramente por falta de espacio la simbolización de esta región resultó algo reducida aquí, pues mucho más rica y detallada la encontramos, por ejemplo, en el cuauhxicalli de Tizoc. Sin embargo, el paralelismo entre las dos es tan perfecto, que leyendo la una se comprende lo que en la otra se quiso decir. Tiene el cuauhxicalli de Tizoc en la parte inferior correspondiente al interior de la tierra las conchas, lo mismo que las tiene el hueso de que se trata, pero además, se ven en cuatro lugares convenientemente repartidos (Fig. 4), es decir, en los cuatro puntos cardinales, pares de calaveras, entre las cuales se encuentran colocados cuatro cuchillos de pedernal, marcados con dentadura de muerto para indicar que se trata de osamenta humana. De estas calaveras sólo quedan en el hueso los ojos de muerto, uno a cada lado del crustáceo, del cual hablaremos más adelante. A los cuchillos de pedernal u osamenta, es a lo que hace alusión seguramente el número de conchas del hueso que es de ocho en cada hilera.

Ahora bien, se describe aquí el interior de la tierra o región de los muertos, en esta forma:

Habiendo bajado Quetzalcoatl-Tzontemoc aquel funesto día cuatro olin, a la región citada (Fig. 5), se dice que permaneció allí determinado tiempo, después del cual volvió a salir de ella. Siendo el símbolo sideral preferente de este dios la estrella Venus, el tiempo de su permanencia debajo de la tierra se fijó igual a la duración de la conjunción inferior de este astro, es

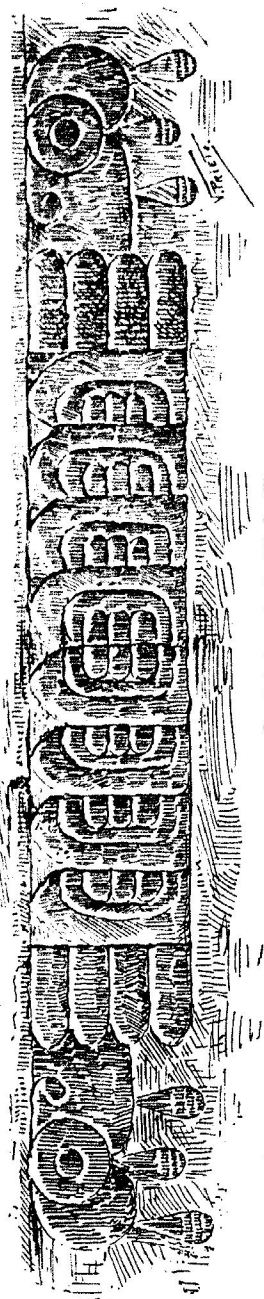


Fig. 4.—Detalle del Cuauhxicalli de Tizoc.

decir, ocho días; o como explican los Anales de Cuautitlán, que había permanecido Quetzalcoatl cuatro días en la región de los muertos: cuatro días había sido hueso y al noveno día salió por el oriente en forma de citlapol, la gran estrella. A este número ocho se refieren, por consiguiente, tanto los ocho cuchillos de pedernal entre calaveras de la piedra de Tizoc, como las ocho conchas de hueso. La duración de la permanencia del dios en la región de los muertos, se encuentra, además, documentada en el glifo mayalamat, que en la serie de los signos diurnos de los mayas ocupa contado desde ahau, día del Ehecatonatiuh entre los yucatecos, el noveno lugar, y que representa, como lo demostré en mi trabajo «Sobre los años Ben, Eznab, Akbal, Lamat de los Mayas», un sol doble, indicando el de abajo, la bajada del dios a la región de los muertos, y el de arriba, invertido, la salida del dios de este lugar. Probablemente también el signo coatl de la serie de los signos diurnos de los nahoas que con respecto a olin, fecha del Ehecatonatiuh, ocupa el mismo lugar que entre los mayas lamat con respecto de ahau, se refiere al idéntico hecho del renacimiento de Quetzalcoatl, por ser la sierpe el símbolo de la generación o nacimiento. Además, el Sr. Seler ha demostrado que el dios maya caracterizado por el glifo kan y que corresponde al nahuatl Tonacatecuhtli-Cinteotl, tiene un nombre augúrico que en nahuatl sería *chicuei cipacli*. Seguramente que la primera parte de él o el número ocho, se refiere otra vez a la permanencia del dios en la región de la muerte, y el cipacli, como signo de origen o de principio, indica su vuelta a la tierra y el principio de una nueva era mundial. (Códice Borgia 1, p. 217.) Efectivamente, el día de este nombre, de la segunda serie de los signos diurnos del Códice Borgia, se halla en una columna del Tonalamatl, que arriba y abajo está caracterizada por los símbolos del nacimiento y de la abundancia de víveres.

En cuanto a los ojos de muerto antes referidos y que quedan en el dibujo del hueso a los lados del crustáceo, de por sí indicarían, como en la piedra de Tizoc lo hacen las calaveras, la región de la muerte; pero el hecho de que aquí están acompañados de cabelleras en forma de malinalli, justifica la suposición de que se trata: de ojos ozomatli, símbolo del pecador muerto. En la serie de los signos diurnos, a éste le corresponde el undécimo lugar, y tanto por esta circunstancia, como por el hecho de que su patrono es el dios Xochipilli, corresponde a la región del poniente. Dan fuerza adicional a esta interpretación, las tres yacameztli que en el dibujo del hueso forman cadena entre las dos cabelleras malinalli, por ser estos adornos nasales características de los dioses del pulque, los que, como patronos de la fertilidad y de la generación, corresponden a idéntica región. Hasta es probable que las yacameztli mencionadas se hayan puesto en el lugar señalado, tanto para indicar el rumbo del ocaso, como pa-

ra agregar a la idea general de pecador, expresada en el dibujo del hueso por los ojos de ozomatli y las cabelleras malinalli, el concepto especial de glotón, bebedor, propio del mono, sobre todo en las regiones de cultura nahoa del sur. Importante también es que a la vez hacen alusión al Patcatl, dios del vino, caracterizado como tal por el propio yacameztli, patrono del duodécimo signo diurno y de la undécima trecena del Tonalamatl, deidad que viste a veces como Quetzalcoatl y que en el fondo seguramente es idéntica a él, porque, según el intérprete del Códice Telleriano Remense, se consideraba por los indígenas «el marido de Mayaguel, que por otro nombre se dixo Cipactona» (trecena undécima) y que también se ponía igual a «Tlauizcalpantecuhli o la estrella Venus» (trecena novena). Ya por su sólo colocación en el Tonalamatl, resultaría relacionado por una parte con Quetzalcoatl, y por otra con los dioses de las diversiones y del vino.

El número tres de estos yacameztli recuerda el calli, signo que también corresponde a la región del poniente y que en el Tonalamatl del Códice Borgia se halla en una columna caracterizada por el Xiuhtecuhtli, dios del fuego y de los símbolos de la abundancia de víveres. Este dios también es un aspecto de Quetzalcoatl, puesto que su signo es acatl o sea el del primer fuego o de la primera era mundial y de los años del este.

La región, pues, a la que se refiere la parte inferior del dibujo del hueso es a la vez que la de la muerte, en especial la del poniente. En seguida veremos representados, en el propio dibujo, varios de los conceptos mitológicos más importantes que los indígenas relacionaban tanto con esta región como con Quetzalcoatl, en sus diversos aspectos.

Uno de estos asuntos mitológicos es el Chalchimichoacan o «lugar donde se pezcan las criaturas.» Región donde, según la creencia de los indígenas, nacieron tanto los dioses como los hombres, tiene también el nombre de Tamoanchan, siendo idéntico con el segundo de los tres lugares llamados así.

Respecto de ella, nos dice el intérprete del Códice Telleriano Remense que «este lugar que se dice tomoancha y xuchitl y cacani, es el lugar donde fueron criados estos dioses que ellos tenían, que es casi tanto como decir el parayso terrenal. . . .»

De acuerdo con esto, leemos en la canción nahuatl que cantaban los indígenas en honor del Cinteotl:

«Otlacatqui cinteutl
tamiyoan ichanni xochitl icacani
ce ixochitli
otlacatqui cinteutl
atl yayavicani tlapachivaloya
chalchim(m) ichoacan.»

«Nació el cinteutl
 en la casa del descenso, en el lugar sembrado de flores,
 cuyo nombre es ce xochitl,
 Nació el cinteutl
 en el lugar del agua y de la bruma, donde se hacen las
 criaturas de los hombres,
 en el chalchimichoacan.»

(Seler, Códice Borgia 1, p. 136.)

Lo mismo se dice en la canción referente a la Tlaçolteotl, que ella también había nacido allí.

«Ahuiya cocavie xochitla oya cueponea
 yeva tonana teu mechave
 moquicican tamoanchan.»

«Se abrió la flor amarilla,
 ella nuestra madre que tiene pintada en la cara la piel de muslo,
 ella es oriunda de Tamoanchan.»

(Seler, Códice Borgia 2, p. 18.)

En los códices está representada aquella región como lo vemos en las figs. 6 y 7.

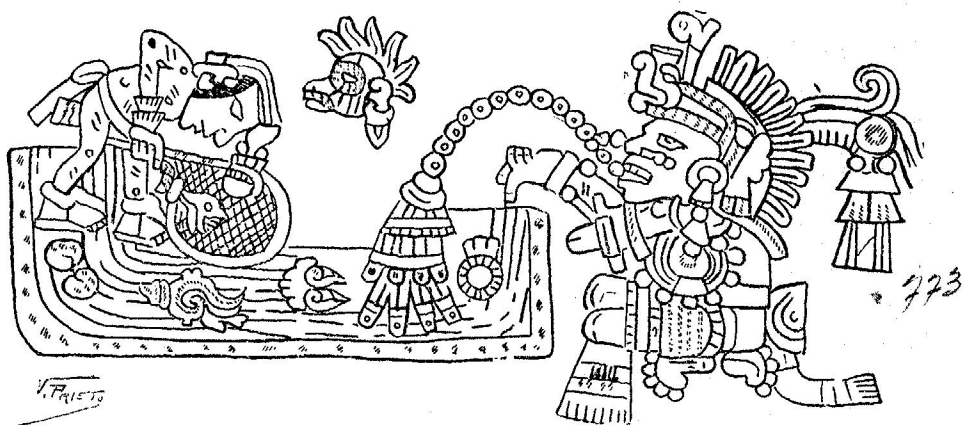


FIG. 6.—El Chalchimichoacan del Códice Vat. B., p. 32.

En el Códice Vaticano B., vemos un apaztle con agua, dentro del cual se notan un par de perlas, conchas de varias especies y un chalchihuitl. A la izquierda está un hombre con la piel pintada como a veces la tienen los dioses del origen y de la generación; la parte temporal de la cara la tiene pintada de negro, detalle que recuerda la coloración facial de Que-

tzalcoatl. En la mano derecha tiene una red con la cual está pescando. Opuesto a él, fuera del apaztle, se ve pintado a Xochipilli con un chalchihcozcatl que le sale de la boca y que simboliza el soplo de la vida transformado en chalchihuites o criaturas. Arriba hay una cabeza de ozomatli con la cabellera en forma de malinalli en señal de muerte y la orejera de los dioses de la danza: simboliza esta figura originalmente, los pecadores entregados a las delicias carnales, muertos en el Ehecatonatiuh, llegando el glifo a ser convencional después para designar a los pecadores en general.

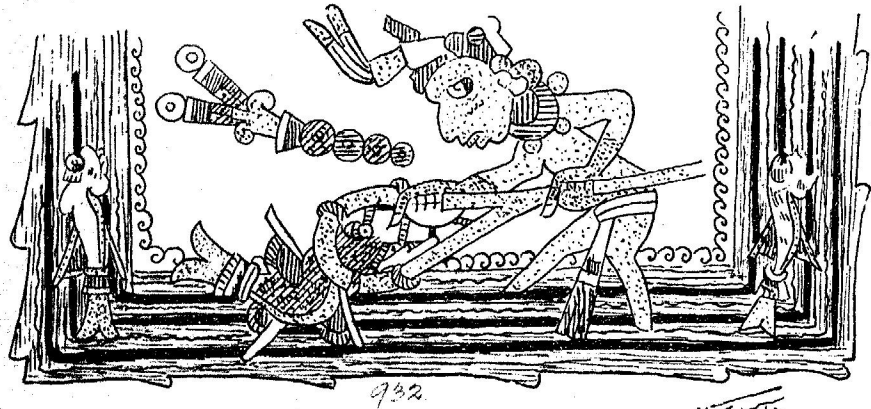


FIG. 7.—El Chalchimichoacan del Códice Borgia, p. 13.

Más sencillo es el dibujo del Chalchimichoacan-Tamoanchan, contenido en el Códice Borgia, el que se compone simplemente del apaztle de agua, dentro del cual se ven unos pescados, y al pescador con la red en la mano. Pero aquí también está perfectamente manifiesto su significado por el cozcatl de chalchihuites frente al pescador, el que caracteriza esta región como en el Códice Vaticano B. las perlas, conchas, el chalchihuite y el adorno del dios, como lugar «donde se pescan o se hacen las criaturas.»

En cuanto al dibujo del hueso, seguramente por falta de espacio no fué posible representar este Tamoanchan muy elaboradamente. Así es que encontramos en él sólo los dos chalchihuites, representando igual número de criaturas, *probablemente una pareja*, uno a cada lado del crustáceo, sirviendo este último para impartir la idea del agua del mar del Poniente. Apaztle, perlas, pescador, etc., se han suprimido; sólo quedan de lo demás los ojos de ozomatli o pecador muerto, con la cabellera correspondiente en forma de malinalli.

Sigue al Chalchimichoacan-Tamoanchan otro asunto mitológico más

importante todavía, estrechamente relacionado con él, formando la pieza central de la zona subterránea o del poniente en el dibujo del hueso: la creación de la tierra nueva y de los primeros hombres.

Forman la creación de la tierra y la de los primeros hombres, en concepto de los indígenas,—notablemente de los de la América del Norte— un solo asunto por el hecho de que en sus tradiciones aquélla precede inmediatamente a ésta, o viceversa; los próceres de la raza americana intervienen directamente en la creación del nuevo continente. Presentándose bajo la forma de ave acuática o rata almizclera, uno de sus cuatro héroes culturales baja al fondo del océano y la pequeña cantidad de lodo o tierra que tras grandes esfuerzos logra subir, le sirve al grande espíritu de base para la patria nueva. De modo que puede decirse que con los indígenas de la América del Norte, la creación de ésta implica *ipso facto* la de los primeros hombres y viceversa.

Con los nahoas y demás indígenas de la América Central, el caso parece un tanto diferente (aunque todas las tradiciones indígenas que a él se refieren tienen el mismo origen) por no ser común y corriente entre ellos el encontrar estas dos creaciones tan estrechamente ligadas que formen un solo acto. La creación de la especie humana la representan de un modo, mientras que la tierra nueva o tierra en sentido general la comparan generalmente con el pez espada o lagarto, por sugerirles estos animales, sobrenadando en el agua, la idea de una serranía que se alza sobre el nivel del océano, ofreciendo en escala pequeña el mismo aspecto que en grande, una costa vista desde alta mar. Por eso es muy de notarse que siendo el dibujo del hueso de origen nahuatl, forma una excepción a la regla general, encontrándose en él los dos asuntos referidos tan estrechamente ligados como más adelante veremos.

Tampoco ostenta como símbolo de la tierra nueva ni un lagarto ni un pez espadarte ni alguno de los animales que para tal fin les sirvieron a los indígenas del norte, sino que vemos en vez de ellos a un camarón, lo que sin embargo para el fondo de la cuestión da lo mismo, puesto que este crustáceo es el símbolo de los maya-quichés para expresar la creación de la tierra nueva. El pasaje del Popol Vuh que a ella se refiere, reza lo siguiente:

«Se mandó a las aguas que se retiraran. ¡Tierra!—exclamaron los dioses creadores, y al instante se formó. Como una niebla o una nube se verificó su formación, y *se levantaron las grandes montañas sobre las aguas como camarones* (ta xtape pa ha ri huyub), etc.

(Popol Vuh, p. 10.)

O como traduce Jiménez: «*La tierra se puso cangrejo sobre el agua.*»
(Edición Scherzer, Viena, 1857, p. 7.)

Al primer golpe de vista podría parecer arriesgado el querer aprovechar para la interpretación del símbolo en cuestión, ese tropo de los maya-quichés de la América Central; pero ponderando el punto debidamente no lo es, porque 1) el dios que figura en el Popol Vuh en primer término en conexión con la creación de la tierra nueva, es como en el dibujo del hueso Gucumatz, la serpiente emplumada o sea Quetzalcoatl, 2), la deidad de este nombre representada en el hueso aparece con ciertos aderezos maya-huastecos, 3), un pasaje de otro documento maya, al cual nos referiremos más adelante, nos servirá para aclarar otro punto interesante del grabado del hueso, 4), en zonas de contacto entre las culturas maya y nahoa es bastante frecuente este símbolo. No opinamos que por esto el diseño referido no lo haya hecho un artista nahoa o que date de una época no completamente reciente, sino que se trata aquí simplemente de un caso de propiedad común de simbolismos entre los pueblos maya y nahuatl no averiguado hasta ahora y no muy prolijamente consignado en los códices en existencia.

Ya los ganchos que tiene el camarón dibujados en el espinazo nos vuelven a llevar a terreno netamente nahoa, por ser características de la Mictecacihuatl, indicando aquí seguramente la región de esta diosa, el Tlillan o región de negrura o sea el poniente, la región de los muertos. En cambio el pedernal que forma la cabeza del crustáceo, como símbolo del suceso que aquí representa, es tanto nahoa como maya.

Este suceso es la creación de los primeros hombres. Hay sobre él, en los documentos indígenas, un número relativamente grande de tradiciones que se pueden dividir en dos clases generales: la primera, de versiones históricas; de teológicas la segunda. Las que aquí más vienen al caso son las últimas, como una que trae Mendieta en su *Historia Eclesiástica Indiana* (México, 1870, pp. 77-78) y cuyo contenido, en resumen, es más o menos el siguiente:

«Según la creencia de los indígenas había en el cielo un dios llamado Citlallatonac y una diosa Citlalicue, cuya diosa parió un navajón o pedernal, del cual, arrojado del cielo a la tierra, salieron mil seiscientos dioses. Éstos, viéndose caídos y desterrados, acordaron enviar un mensajero a la diosa, su propia madre, diciendo tuviese por bien darles licencia, poder y modo para criar hombres, a fin de que con ellos tuviesen algún servicio. Recibieron por contestación que si querían tener servicio en la tierra, pidiesen a Mictlan Tecuhtli les diese algún hueso o ceniza de los muertos pasados, y que sobre ellos se sacrificasen, prometiendo que allí saldrían hombre y mujer. Oída esta respuesta, entraron en consulta los mil seiscientos, y acordaron que uno de ellos, que se decía Xolotl, fuese al infierno por el hueso o ceniza; hizo Xolotl como se le había encomendado, y una vez recibido el hueso o ceniza de las manos de Mictlantecuhtli, huyó

entonces con ellos. Mictlan Tecuhtli, afrentado, dió a correr detrás de él, de suerte que por escaparse Xolotl, tropezó y cayó, y el hueso que era de una braza, se le quebró e hizo pedazos, por lo cual dicen los hombres ser menores unos que otros. Cogidas las partes que pudo, llegó donde estaban los dioses sus compañeros, y echado todo lo que traía en un lebrillo o barañón, los dioses y diosas se sacrificaron, saliendo de allí *al cuarto día un niño*, y tornando a hacer lo mismo, *a los otros cuatro días la niña*. Los dieron a criar al mismo Xolotl, quien los alimentó con leche de cardo.»

Se colige de esta versión que no sólo Quetzalcoatl, para volver a salir como sol nuevo, tuvo que pasar por la región de los muertos, permaneciendo allí ocho días, sino que del propio lugar había salido también la primer pareja, y, a semejanza de ella, todo ser humano. Antes de esto, como el dios, todos ellos tenían que bajar del cielo más alto, lugar del Ometecuhtli y de la Omecihuatl, al Tamoanchan, que por eso cabalmente se llama «Lugar de descenso.» De allí saca Xolotl, el compañero de la región de los muertos de Quetzalcoatl, el hueso y ceniza de los cuales se han de formar sus cuerpos; el elemento de la vida terrestre lo proporcionan los dioses de la tierra por medio del sacrificio de sangre. Ahora bien, tenemos en el dibujo del hueso el cielo supremo de los dioses creadores, el lugar de los muertos en general, «donde se hacen las criaturas de los hombres» o Tamoanchan, lugar «de descenso» en especial; faltan sólo, para llenar toda la serie de requisitos, el hueso y ceniza y el sacrificio de sangre. Estos son los que expresa el pedernal o navajón que forma la cabeza del camarón.

Se notará que tiene dibujado en la superficie una cara que, juzgada por la forma del ojo, es la de un muerto; encontramos en ella seguramente el símbolo de la osamenta sacada por Xolotl del Mictlan. Pero teniendo en cuenta además la voluta al lado de la región bucal, figura que también afectan los remos del camarón, no vemos aquí solamente una cara de muerto, sino a la vez la de un Tlaloc, dios de la fertilidad, cuyo nombre, según el Sr. Seler, se deriva de un verbo nahuatl «tlaloc» «correr, apresurarse,» resultando de allí la etimología del nombre del dios referido, «el que hace nacer, surgir, brotar» (la yerba). Por consiguiente, la voluta de Tlaloc que se ve en la cara del pedernal, como las en que están transformados los remos del camarón, simbolizarían el acto de surgir de las entrañas de la tierra, recordando el navajón en esta forma el conocido pasaje de los Anales de los Cakchiqueles que asienta: «Y ahora se produjo la obsidiana por la preciosa, la gloriosa Xibalbay (o Mictlan, interior de la tierra) y el hombre fué hecho por su Hacedor, su Creador, etc.» (p. 68). Por cierto que no se habla en él de navajón alguno, sino sólo de la materia prima de la cual puede ser hecho y la que tampoco es el pedernal. Sin

embargo, se sabe que tanto éste como la obsidiana¹ servían a los indígenas preferentemente para instrumentos cortantes de la forma aquí discutida, de modo que en esta ocasión la mención de la materia prima implica el artefacto. Teniendo además en cuenta que el navajón, asociado con la creación de la especie humana, significa el sacrificio de sangre indispensable para revivificar los huesos y ceniza de muerto; tenemos en este pasaje de los Anales Cakchiqueles una versión sobre la creación de la especie humana completamente idéntica a la de la tradición, conservada por Mendieta, y hasta el paralelismo debido con la parte de la propia tradición que se refiere a la creación por Citlalicue y Citlalatonac de los mil seiscientos dioses terrestres, puesto que en la arrojada del navajón dado a luz por la diosa, desde el cielo más alto a la tierra, tenemos el viaje al Mictlan o bajada al Tamoanchan, lugar de los huesos de muerto, mientras que la circunstancia de que el objeto que se arroja es un navajón, indudablemente hace alusión al sacrificio de sangre antes referido. Cada vez, pues, que se trata en escritura nahuatl de la creación de los hombres o de dioses, tal idea se expresará por el ligamiento de los dos requisitos arriba descritos, dándoseles gráficamente la forma de un navajón con ojos y dentadura de muerto.

Según se ve, pues, tenemos representado en la zona inferior del dibujo del hueso, en la doble hilera de conchas, el lugar de los muertos o interior de la tierra en general; en los chalchihuites, el ojo de muerto con cabellera de malinalli y los yacameztli de Pâtecatl el Chalchimichoacan-Tamoanchan; en el camarón, el océano y la tierra nueva; en la cabeza del mismo, en forma de navajón con cara de muerto, la creación de los primeros hombres; en las volutas, recordando las culebras de Tlaloc, la idea de la subida o surgimiento; en el enlace estrecho del pedernal con el camarón, la íntima relación entre la creación de los primeros hombres y la de la tierra nueva. Hasta puede decirse que, como en las tradiciones de los indios del Norte, aquélla precedió a ésta.

La interpretación que acabamos de hacer del camarón con cabeza de pedernal, que tan importante papel desempeña en el dibujo del hueso, es la que debe aplicarse también, cuando menos como base, a la pieza arqueológica representada en la Fig. 9, la que procede de Uxmal. Hecha para ser empotrada en una pared, consiste, en lo principal, de una cabeza de camarón de ejecución altamente convencional y del primer par de remos algo asimétricos, encorvados hacia adelante (Fig. 10), entre los cuales se encuentra colocada, haciendo las veces de pedernal, la cabeza ricamente adornada de un personaje o histórico o mitológico. No es el lugar aquí

¹ Se notará que la cuchilla del dibujo del hueso, en la parte superior no ocupada por el ojo de muerto y la boca del Tlaloc, es de color negro, lo que fácilmente podía indicar que es hecha de obsidiana y no de pedernal.

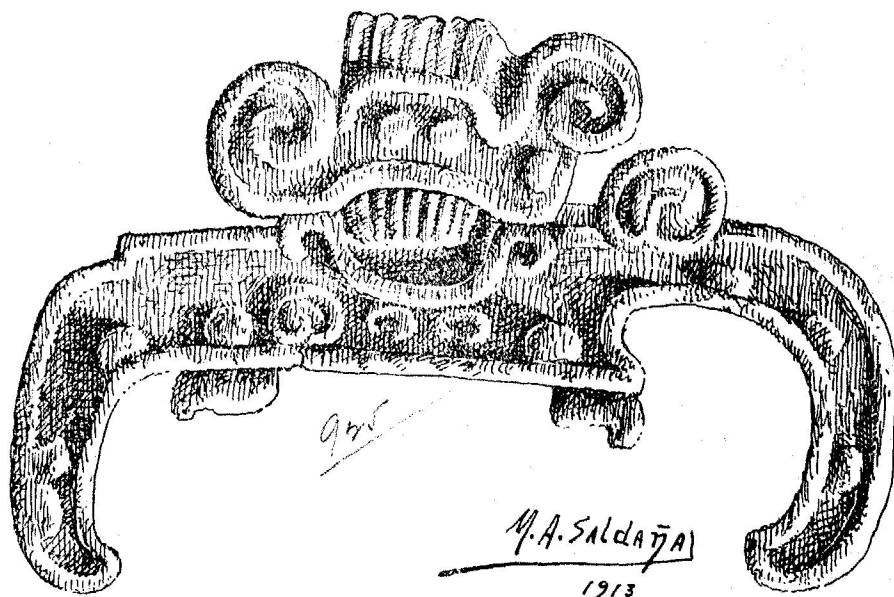


FIG. 10.

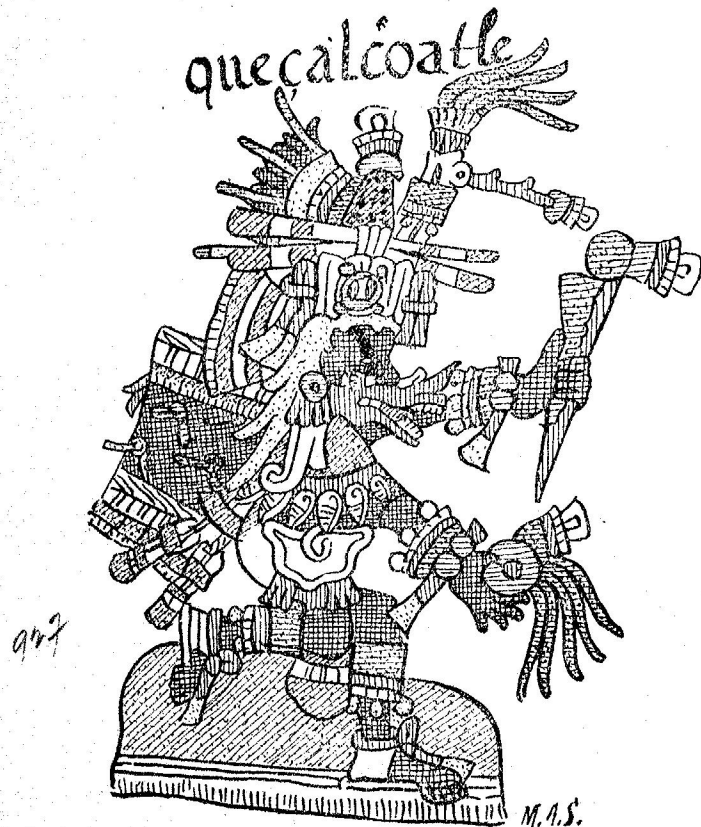
para entrar en una descripción pormenorizada de los detalles de esta pieza, ni para enumerar una por una las coincidencias y divergencias que hay entre ella y el dibujo del hueso. Sólo señalaremos dos puntos de interés inmediato para la apreciación debida del hueso esgrafiado de Tláhuac: 1) que no es el único documento que contiene el camarón como símbolo de la tierra nueva; 2) que la zona de donde procede la pieza que representa la Fig. 9, con todo y ser maya, es notable por las muchas huellas de cultura nahoa que en sus monumentos se descubren.

De una zona de igual carácter, es decir, de contacto entre las culturas maya y nahoa, procede también la pieza arqueológica representada en la Fig. 11, perteneciente a la colección de antigüedades americanas de la propiedad del Sr. Bang, de San Salvador. Menos bien elaborada que la pieza yucateca, sin embargo, lo es bastante para que echemos de ver que en ambos casos se trata del mismo personaje histórico o mitológico. El rico adorno en aquélla se encuentra substituído en ésta por una materia prima más valiosa, es decir, tecalli jaspeado de verde y azul, tirando en apariencia a jadeita.

Queda tan sólo para discutirse, del dibujo del fémur, la zona que corresponde a la tierra ocupada por el dios Quetzalcoatl.

Los dioses a los que se hace alusión en la zona celeste del dibujo referido, como en la que corresponde al Mictlan y la región del Poniente, son principalmente Tonacatecutli, Xochipilli-Cinteotl, Chalchiuhtlala-

tonac, Tzontemoc-Yoallichecatl-Citlapol, Xiuhtecuhtli, Tecciztecatl, Patotecatl, Tlaloc y Xolotl-Quetzalcoatl. Ahora bien, en la parte del dibujo que queda por discutirse, encontramos, correspondiendo a lo que en las otras se halla expuesto, a este dios con todos los atributos de sus compañeros del primitivo panteón americano; siendo, como ya dijimos, todos ellos simplemente derivados de la persona de Quetzalcoatl en sus diversas actividades y aspectos. Estos atributos sólo en algunos detalles varían de los que ostenta el dios en las pinturas correspondientes del Códice Magliabechiano 13, 3 y del Códice Telleriano-Remense. (Fol. 8, fig. 12.)



Codex Telleriano-Remensis. pag. 8. verso.

FIG. 12.

En la cabeza muestra el ocelocopilli huasteco con su remate en forma de ojo-estrella; abajo de él ostenta el tocado característico de Ehecatl, asomándose en el margen inferior de éste la caballera envuelta en una

correa, distintivo especial de Quetzalcoatl. Como adorno de la nuca tiene el caxolli vei itepul o euegaluitonqui; en la oreja el tzioliuhqui teociutlatl in inacoch o epeolli; en torno del cuello una faja de piel de ocelotl, con su fleco de conchas en espiral o teocuitlaacuechezoatl.

Tiene la cara dividida en dos zonas a manera de Xolotl, por medio de una línea, que partiendo de la raíz de los cabellos, pasa por encima del ojo y baja por la mejilla. La parte bucal está cubierta por una máscara de Ehecatl con los dientes y barbas que le son propios; sobrepuesta a la máscara tiene el yolcayotl o concha de Tecciztecatl, detalle que se refiere al nacimiento de los primeros hombres, porque «así como sale del hueso el caracol, así sale el hombre del vientre de su madre.» (Cód. Telleriano-Remense, Comentario trecena 6ª)

Trae en las espaldas el ayate representativo del omixicuilli. Debajo de la faja de piel de ocelotl, cuyo fleco es de conchas en espiral, lleva el adorno de concha del dios del viento, ecaillacatzcozoatl; ceñida a la cintura una faja con el nudo hacia el frente, y, más abajo, el maxtlatl redondeado, propio de este dios, notable, además, por la divisa que ostenta y que es probablemente el teocuitlacomalli y el lazo tripartito del dios del fuego, Xiuhtecutli, por ser Quetzalcoatl el dios del primer fuego, de la era primitiva, y, por consiguiente, el más antiguo de los dioses históricos. En los pies tiene las cotaras de rigor llamadas yiztaccac o poqolcactli; en la mano izquierda sujeta el escudo con la cruz por divisa, colgando del borde inferior un adorno de plumas; en la mano derecha tiene el chicoacolli o ecauicli, que probablemente es otra alusión a la obscuridad que hiciera bajar el dios con motivo del Ehecatonatiuh o que arrojara en aquella ocasión sobre el haz de la tierra, como lo representa la pintura correspondiente del Códice Ríos. Fácilmente por esta causa el chicoacolli tiene pintado un cielo nocturno y ostenta la forma de un atlatl.

O en otros términos, a juzgar por los atributos que reviste, Quetzalcoatl se nos presenta aquí como dios creador del mundo y de los primeros hombres; el señor del fuego inicial, rey de los sacerdotes, dios patrón del árbol del sustento y fundador de la era cultural primitiva en América: el que bajó a la región de los muertos convirtiéndose en hueso o esqueleto, es decir, muriéndose; desatando a la vez terribles huracanes sobre la faz de la tierra, cubriéndola en seguida de noche densísima; arrastrando a la muerte a los pecadores, a los entregados a juegos, danzas y delicias del vino, renaciendo después en forma de estrella matutina.

Que se hiciera dibujo tan perfecto y complicado sobre un hueso, no nos debe extrañar, puesto que, como vimos, por una parte éstos formaron la base material directa para la creación de los primeros hombres, y por otra, Xolotl-Quetzalcoatl, además de Citlalatónac y Citlalicue, intervino directamente en la creación de ellos. Para dar realce a estos dos hé-

chos, el artista indígena se valió de un fémur como medio de representación. Además, teniendo en cuenta algunas de las particularidades ya señaladas, este hueso, por más que fué encontrado en terrenos de Tláhuac, probablemente no es de allí sino que fué llevado a los príncipes de este señorío, de tierras lejanas de cultura nahoa-maya en calidad de tributo, regalo o botín.

Sobre el uso especial al que estaba dedicado, no fué posible averiguar nada definitivo. El indio que lo vendió aseguraba que la cavidad inferior (parte alta del dibujo) al encontrarlo, contenía madera podrida, deduciéndose por esto, que originalmente haya estado adherido a una asta o mango, al cual se fijaba por medio de los cuatro taladros que existen en el extremo indicado y que están colocados uno frente a otro, permitiendo la inserción de clavos o espigas de madera o de cualquier otro material.

San Salvador, junio 14 de 1913.

